



El caso de la dama acongojada

Agatha Christie

El timbre de la mesa de mister Parker Pyne zumbó discretamente. —¿Qué hay? — preguntó el gran hombre.

—Una señorita desea verle —anunció su secretaria—. No tiene hora.

—Puede usted hacerla pasar, miss Lemon —y al cabo de un momento estrechaba la mano de su visitante.

—Buenos días —le dijo—. Hágame el favor de tomar asiento.

La recién llegada se sentó y miró a mister Parker Pyne. Era bonita y muy joven. Tenía el cabello oscuro y ondulado, con una hilera de rizos sobre la nuca.

Iba muy bien arreglada, desde el gorrito blanco de punto que llevaba en la cabeza hasta las medias transparentes y los lindos zapatitos. Era evidente que estaba nerviosa.

—¿Es usted mister Parker Pyne?

—Yo soy.

—¿El que... que pone los anuncios? Dice usted que si las personas no son... no son felices, que vengan a verle.

—Sí.

—Pues bien —dijo ella lanzándose de cabeza—, yo soy horriblemente desgraciada, de modo que he pensado que podía acercarme a ver... únicamente a ver...

Mister Parker Pyne esperó. Sabía que diría algo más.

—Me encuentro... me encuentro en un apuro terrible —y retorció sus dos manos muy nerviosamente.

—Ya lo veo —dijo mister Parker Pyne—. ¿Cree que puede contarme el caso?

Al parecer, la muchacha no estaba muy segura de eso. Con aire desesperado, miró a mister Parker Pyne. De pronto, se puso a hablar precipitadamente.

—Sí, se lo diré... Ya me he decidido. Me he vuelto medio loca de nervios. No sabía qué hacer ni a quién acudir. Y entonces vi su anuncio. Pensé que, probablemente, no era más que una manera de sacar dinero, pero quedó grabado en mi memoria. Por una u otra razón, parecía tan consolador... Y pensé, además, que... bien, que no habría ningún mal en venir a ver... Siempre podría dar una excusa y retirarme acto seguido si no... bien, si no...

—Está claro, está claro —dijo mister Parker Pyne.

—Ya lo ve —añadió la muchacha—. Esto significa... bueno, confiar en alguien.

—¿Y tiene usted la sensación de que puede confiar en mí?

—Es extraño —contestó la muchacha con inconsciente descortesía—, pero tengo la sensación de que sí, ¡sin saber nada de usted! Estoy segura de que puedo confiar en usted.

—Puedo asegurarle —afirmó mister Parker Pyne— que su confianza no será mal empleada.

—Entonces —dijo la joven— le contaré el caso. Me llamo Daphne Saint John.

—Sí, miss Saint John.

—Señora. Estoy... estoy casada.

—¡Bah! —murmuró mister Parker Pyne, molesto consigo mismo al advertir la presencia del aro de platino en el dedo corazón de su mano izquierda—. Qué estúpido soy por no haberme fijado.

—Si no estuviera casada —dijo la muchacha— no me importaría tanto. Quiero decir que el caso sería mucho menos grave. Me refiero a Gerald... Bien, ahí... ¡ahí está el verdadero problema!

Buscó en su bolso y sacó de él un objeto que tiró sobre la mesa: un objeto centelleante que fue a parar a donde estaba mister Parker Pyne.

Era un anillo de platino con un gran solitario.

Mister Parker Pyne lo recogió, lo llevó junto a la ventana, lo puso a prueba contra el cristal de la misma, se aplicó al ojo una lente de joyero y lo examinó de cerca.

—Un diamante muy hermoso —observó, regresando a la mesa—. Yo le daría un valor de dos mil libras, por lo menos.

—Sí. ¡Y ha sido robado! ¡Lo he robado yo! ¡Y no sé qué hacer!

—¡Válgame Dios! —exclamó mister Parker Pyne—. Esto es muy interesante.

Su cliente se descompuso y empezó a sollozar sobre un pañuelo poco adecuado para el caso.

—Vamos, vamos —dijo mister Parker Pyne—. Todo se arreglará.

La muchacha se enjugó los ojos y resolló:

—¿Se arreglará? ¡Oh! ¿Podrá arreglarse?

—Desde luego. Cuénteme ahora toda la historia.

—Bien, todo empezó por encontrarme yo apurada. Ya lo ve usted, soy horriblemente caprichosa. Y esto a Gerald le contraría mucho. Gerald es mi marido. Tiene muchos años más que yo y su modo de pensar es... bueno, muy austero. Considera las deudas con horror. Por consiguiente, no se lo he dicho. Y me fui a Le Touquet con algunas amigas y pensé que quizás podría tener suerte y pagar lo que debía. Efectivamente, al principio gané. Y luego perdí y creí que debía continuar. Y continué. Y... y...

—Sí, sí —dijo mister Parker Pyne—. No necesita entrar en detalles. Su suerte fue peor que nunca. ¿No es así?

Daphne Saint John hizo un gesto afirmativo.

—Y desde entonces, ya comprende, no podía sencillamente decírselo a Gerald porque no puede sufrir el juego. Oh, me encontré metida en un lío espantoso. Bien, fuimos a pasar unos días con los Dortheimer, cerca de Cobham. Por supuesto, él es enormemente rico. Su esposa, Naomi, fue compañera mía de colegio. Es una mujer bonita y amable. Estando nosotros allí, se le aflojó la montura de este anillo. La mañana en que íbamos a despedirnos de ellos, me rogó que me lo llevara y lo dejara en casa de un joyero, en Bond Street —y se detuvo.

—Y ahora llegamos al episodio más delicado —dijo mister Parker Pyne para ayudarla—. Continúe Mrs. Saint John.

—¿No lo revelará usted nunca? —preguntó la joven con tono suplicante.

—Las confidencias de mis clientes son sagradas. Y de todos modos, Mrs. Saint John, me ha dicho usted ya tanto, que probablemente podría terminar la historia yo mismo.

—Es verdad. Es muy cierto: Pero me disgusta mucho decirlo... Parece una cosa tan horrible... Fui a Bond Street. Hay allí otra tienda, la de Ciro. Éstos... copian las joyas. De pronto, perdí la cabeza. Cogí el anillo y dije que quería una copia exacta, que me iba al extranjero y no quería llevarme las joyas verdaderas. Al parecer lo encontraron muy natural.

»Pues bien: recogí el anillo con el diamante falso (y era tan perfecta la imitación que no lo hubiera usted distinguido del original) y se la envié por correo certificado a lady Dortheimer. Yo tenía un estuche con el nombre de su joyero, de modo que todo ofrecía la mejor apariencia, y el paquete tenía un aspecto enteramente profesional. Y entonces, yo... empeñé el verdadero diamante —y se cubrió la cara con las manos—. ¿Cómo pude hacer esto? ¿Cómo *pude* hacerlo? Esto era, sencillamente, un robo corriente y miserable.

Mister Parker Pyne tosió y dijo:

—Me parece que no ha llegado aún al final de la historia.

—No, no he llegado. Esto, como usted comprende, ocurrió hace unas seis semanas. Pagué todas mis deudas y salí de mis apuros, pero, por supuesto, no dejé de sentirme desventurada. Un primo mío ya anciano murió entonces y recibí algo de dinero. Lo primero que hice fue desempeñar este miserable anillo. Bien, esto iba perfectamente y aquí está. Pero ha sucedido una terrible dificultad.

—Usted dirá.

—Hemos reñido con los Dortheimer. Ha sido a propósito de algunos valores que Gerald compró a instancias de sir Reuben. Esto a Gerald le había causado serias dificultades y no se ha abstenido de decirle a sir Reuben lo que pensaba de él. Y... ¡Oh, todo esto es horrible! ¿Cómo puedo yo ahora devolver el anillo?

—¿No podría enviárselo a lady Dortheimer anónimamente?

—Si lo hiciese, se descubriría todo. Ella haría examinar su propio anillo, sabría que es una falsificación y se figuraría inmediatamente lo que he hecho.

—Me ha dicho que es amiga suya. ¿Y si fuese a verla para confesarle toda la verdad... abandonándose al afecto que siente por usted?

Mrs. Saint John movió la cabeza.

—Nuestra amistad no llega a este punto. Cuando se trata de dinero o de joyas, Naomi es dura como el hierro. Quizás no intentaría procesarme si le devolviera el anillo, pero podría contarle a todo el mundo lo que ha hecho, y esto significaría nuestro descrédito. Gerald lo sabría y no me lo perdonaría nunca. ¡Oh, qué horrible es todo esto! —Y reanudó su llanto—. He pensado en ello, ¡y no acierto a ver qué camino podría seguir! Oh, mister Parker Pyne, ¿no puede usted hacer algo?

—Varias cosas —dijo mister Parker Pyne.

—¿Puede usted? ¿De verdad?

—Sí, puedo. Le he indicado el modo más sencillo porque mi larga experiencia me ha dicho que es siempre el mejor. Es el que evita complicaciones imprevistas. No obstante, aprecio la fuerza de sus objeciones. En este momento, nadie conoce su desdichado caso, ¿no es cierto? ¿Nadie más que usted misma?

—Y usted —dijo Mrs. Saint John.

—Oh, yo no cuento. Bien, entonces por ahora su secreto está seguro. Todo lo que se necesita es cambiar los anillos de algún modo discreto, sin que despierte sospechas.

—Exactamente —dijo la muchacha con ansiedad.

—Esto no será difícil. Tendremos que tomarnos un poco de tiempo para considerar mejor el método...

—¡Pero es que no hay tiempo! —exclamó ella interrumpiéndolo—. Esto es lo que casi me vuelve loca. Va a hacerse montar el anillo de otro modo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por pura casualidad. Almorzando el otro día con una amiga, tuve ocasión de admirar un anillo que llevaba: una gran esmeralda. Dijo que era la última moda y que Naomi Dortheimer iba a hacer montar su diamante de aquella manera.

—Lo que significa que tendremos que actuar inmediatamente —dijo mister Parker Pyne con aire pensativo.

—Sí, sí.

—Y significa poder entrar en la casa, y si es posible no como parte del servicio. Los criados tienen pocas oportunidades de manejar anillos de gran valor. ¿Tiene usted alguna idea, Mrs. Saint John?

—Puedo decirle que Naomi da una gran fiesta el miércoles. Y esta amiga mía me dijo que anda buscando una pareja de baile profesional. No sé si ha decidido ya algo.

—Creo que esto puede arreglarse —dijo mister Parker Pyne—. Si el asunto está ya decidido, resultará algo más caro: ésta es la única diferencia. Otra cosa: ¿sabe usted por casualidad dónde está colocado el interruptor general de la luz?

—Da la casualidad, efectivamente, de que lo sé porque hace poco se quemó un fusible de noche, cuando los criados se habían ido a descansar. Está en una caja, al fondo del vestíbulo, dentro de un pequeño armario.

Y a instancias de mister Parker Pyne hizo un dibujo.

—Y ahora —dijo él— todo irá perfectamente. Por lo tanto, no se inquiete, Mrs. Saint John. ¿Qué hacemos con el anillo? ¿Lo recojo yo ahora o prefiere usted guardarlo hasta el miércoles?

—Bien, quizás podría guardarlo hasta entonces.

—Ahora no debe inquietarse más, téngalo presente —le dijo mister Parker Pyne.

—¿Y sus... honorarios? —preguntó ella con timidez.

—Esto puede aplazarse, de momento. El miércoles le diré qué gastos han sido necesarios. Le aseguro que mis honorarios serán reducidos.

La acompañó hasta la puerta y oprimió luego el botón que había sobre la mesa.

—Envíeme a Claude y a Madeleine.

Claude Lutrell era uno de los ejemplares mejor parecidos de bailarín de salón que pudieran encontrarse en Inglaterra. Madeleine de Sara era la más seductora de las vampiras.

Mister Parker Pyne les dirigió una mirada de aprobación.

—Hijos míos —les dijo—, tengo un trabajo para vosotros. Vais a ser una pareja de bailarines de espectáculos internacionalmente famosos. Ahora, escúchame con atención, Claude, y procura entenderme bien...

Lady Dortheimer quedó enteramente satisfecha de las disposiciones tomadas para su baile. Observó y aprobó la colocación de las flores que adornaban sus salones, dio unas cuantas órdenes finales a su mayordomo, ¡y le comunicó a su esposo que, hasta aquel momento, todo lo proyectado había salido a pedir de boca!

Le había causado un ligero desencanto el hecho de que Michael y Juanita, los bailarines del Red Admiral, hubiesen comunicado a última hora que les era imposible cumplir su compromiso por haberse Juanita torcido el tobillo, pero que le enviaban una pareja que (según le contaron por teléfono) había hecho furor en París.

Estos bailarines llegaron oportunamente y merecieron la aprobación de lady

Dortheimer. Jules y Sanchia actuaron causando gran sensación, ejecutando primero una agitada danza española, luego otra danza llamada *El sueño del degenerado* y, por fin, una exquisita exhibición de bailes modernos.

Terminó el cabaret y se reanudó el baile normal. El hermoso Jules solicitó el honor de bailar con lady Dortheimer. Los dos se alejaron como si flotasen en el aire. Lady Dortheimer nunca había tenido una pareja tan perfecta.

Sir Reuben iba buscando a la seductora Sanchia en vano. No estaba en el salón.

Lo cierto es que se encontraba en el vestíbulo desierto, cerca de una pequeña caja y con los ojos en el reloj adornado con piedras preciosas que llevaba en la muñeca.

—Usted no es inglesa, no es posible que sea inglesa para bailar como baila —murmuró Jules al oído de lady Dortheimer—. Usted es un hada, el espíritu de *Drouschka petrovka navarouchi*.

—¿Qué lengua es ésta?

—Ruso —contestó Jules mintiendo—. Digo en ruso algunas cosas que no me atrevo a decir en inglés.

Lady Dortheimer cerró los ojos. Jules la apretó más contra él.

De pronto, se apagaron las luces. En la oscuridad, Jules se inclinó y besó la mano que descansaba en su hombro. Al retirarse ella, él se la cogió y la levantó de nuevo hasta sus labios. En su propia mano quedó el anillo que había resbalado del dedo de ella.

A lady Dortheimer le pareció que la oscuridad había durado sólo un segundo cuando las luces se encendieron de nuevo. Jules estaba son-riéndole.

—Su anillo —le dijo—. Ha resbalado. ¿Me permite? —Y se lo colocó en el dedo. Mientras lo hacía, sus ojos le dijeron a ella muchas cosas.

Sir Reuben estaba hablando del interruptor general.

—Algún idiota que ha querido divertirse. Por lo que creo, una broma.

A lady Dortheimer no pareció interesarle gran cosa aquel incidente. Esos pocos segundos de oscuridad habían sido muy gratos para ella.

Al llegar a su despacho la mañana del jueves, mister Parker Pyne encontró ya esperándole a Mrs. Saint John.

—Hágala pasar —dijo mister Parker Pyne.

—¿Dígame! —exclamó ella con gran ansiedad.

—Parece usted pálida —dijo él en tono acusador.

Ella movió la cabeza.

—Esta noche no he podido dormir. Estaba pensando...

—Bien, aquí tiene la pequeña cuenta de los gastos. Billetes de tren, ropa y cincuenta libras a Michael y Juanita. Sesenta y cinco libras con diecisiete chelines.

—¿Sí, sí! Pero, sobre la noche pasada... ¿Ha ido todo bien? ¿Se hizo eso?

Mister Parker Pyne la miró con expresión de sorpresa.

—Mi querida señora, naturalmente que ha ido todo bien. Yo había dado por supuesto que usted lo entendía así.

—¿Qué alivio! Yo temía...

Mister Parker Pyne movió la cabeza con expresión de reproche.

—Fracaso es una palabra que no se tolera en este establecimiento. Si yo no creo que puedo sacar el asunto adelante, no me encargo del caso. Si me encargo, el éxito está ya prácticamente asegurado.

—¿Tiene ya su anillo y no sospecha nada?

—Nada en absoluto. La operación se realizó del modo más delicado.

Daphne Saint John dejó escapar un suspiro.

—No sabe usted el peso que me quita de encima. ¿A cuánto ha dicho que ascienden los gastos?

—Sesenta y cinco libras con diecisiete chelines, eso es todo.

Mrs. Saint John abrió el bolso y contó el dinero. Mister Parker Pyne le dio las gracias y le extendió un recibo.

—Pero ¿y sus honorarios? —murmuró Daphne—. Esto es sólo por los gastos.

—En este caso no hay honorarios.

—¡Oh, mister Parker Pyne! ¡Yo no podría, *de verdad!*

—Mi querida señorita, debo insistir. No aceptaré un penique. Esto iría contra mis principios. Aquí tienen su recibo. Y ahora...

Con la sonrisa de un mago feliz que está dando término a una jugarreta afortunada, se sacó del bolsillo una cajita que empujó a través de la mesa. Daphne la abrió. Según todas las apariencias, contenía la imitación del anillo con el diamante.

—¡Bruto! —exclamó Mrs. Saint John haciéndole una mueca a la joya— ¡Cómo te odio! Tengo ganas de tirarte por la ventana.

—Yo no lo haría —dijo mister Parker Pyne—. Eso podría sorprender a la gente.

—¿Está usted completamente seguro de que no es el verdadero? —preguntó Daphne.

—¡No, no! El que me enseñó usted el otro día está bien seguro en el dedo de lady Dortheimer.

—Entonces, todo está bien —dijo Daphne, levantándose con una sonrisa feliz.

—Es curioso que me haya preguntado usted eso —dijo mister Parker Pyne—. Por supuesto, Claude, pobre muchacho, no tiene mucho seso. Hubiera podido confundirse fácilmente. Y así, para asegurarme, lo he hecho examinar esta mañana por un perito.

Mrs. Saint John volvió a sentarse de repente.

—¿Y qué... qué le ha dicho? —tartamudeó ansiosa.

—Que es una imitación extraordinariamente perfecta —dijo radiante mister Parker Pyne—. Un trabajo de primera clase. Y así, su conciencia quedará bien tranquila, ¿no es verdad?

Mrs. Saint John hizo el gesto de ir a decir algo. Luego se detuvo y se quedó mirando a mister Parker Pyne.

Éste volvió a su asiento tras la mesa de trabajo y la miró con expresión de benevolencia.

—El gato que saca las castañas del fuego —dijo con gesto soñador—. No es un papel agradable. No me gusta hacérselo desempeñar a ninguno de mis colaboradores. Con perdón, ¿decía usted algo?

—Yo... no, nada.

—Bien. Deseo contarle un cuentecillo, Mrs. Saint John. Se refiere a una señorita. Una señorita rubia, me parece. No está casada. Su apellido no es Saint John. Su nombre de pila no es Daphne. Por el contrario, se llama Ernestine Richards y, hasta hace poco, ha sido la secretaria de lady Dortheimer.

»Pues bien, un día se aflojó la montura del diamante de lady Dortheimer y miss Richards trajo el anillo a Londres para que la fijasen. Muy parecida a la historia de usted, ¿no es verdad? La misma idea que se le ocurrió a usted se le ocurrió a ella: hizo hacer una imitación del anillo. Pero miss Richards era una joven previsora. Pensó en que llegaría un día en que lady Dortheimer descubriría la sustitución y que, cuando esto ocurriera, recordaría quién había traído el anillo a la ciudad e inmediatamente sospecharía de ella.

»Y entonces, ¿qué ocurrió? Primero, miss Richards se hizo teñir el pelo de un tono oscuro —y diciendo esto, dirigió una mirada inocente al cabello de su cliente—. Luego vino a verme. Me enseñó el anillo dejando que me asegurase de que el diamante era

auténtico, a fin de evitar toda sospecha por mi parte. Hecho esto, y trazado el plan para sustituirlo, esta señorita llevó el anillo al joyero que, a su debido tiempo, se lo devolvió a lady Dortheimer.

»Ayer tarde el otro anillo, el falso, fue entregado apresuradamente en el último momento en la estación de Waterloo. Muy acertadamente, miss Richards no creía probable que mister Lutrell fuese una autoridad en joyas. Pero yo, únicamente para asegurarme de que jugábamos limpios, me las arreglé para que un amigo mío, comerciante de diamantes, estuviese en el mismo tren. Esta persona examinó el anillo y declaró inmediatamente. «Éste no es un verdadero diamante, es una excelente imitación.»

»Se hace usted cargo del caso, ¿no es cierto, Mrs. Saint John? Cuando lady Dortheimer hubiese descubierto su pérdida, ¿qué sería lo que recordase? ¡Al encantador bailarín que había hecho resbalar de su dedo el anillo cuando se apagaron las luces! Hubiera hecho indagaciones y descubierto que los bailarines antes contratados habían sido pagados para no acudir a su casa. Si se seguía la pista del asunto hasta mi despacho, mi historia de una Mrs. Saint John no se sostendría en pie. Lady Dortheimer no ha conocido nunca a ninguna Mrs. Saint John.

»¿Comprende usted que yo no podía permitir esto? Por ello, mi amigo Claude volvió a colocar en el dedo de lady Dortheimer *el mismo anillo que había quitado* —y la sonrisa de mister Parker Pyne revelaba ahora benevolencia.

»¿Y comprende usted por qué yo no podía cobrar honorarios? Yo garantizo dar felicidad a mis clientes. Está claro que no se la he dado *a usted*. Sólo añadiré una cosa: Usted es joven y es posible que ésta sea su primera tentativa de este género. Yo, por el contrario, tengo una edad relativamente avanzada y una larga experiencia en la compilación de estadísticas. Basándome en esta experiencia, puedo asegurarle que en el ochenta y siete por ciento de los casos la falta de honradez no es remuneradora. Ochenta y siete, ¡piense en ello!

Con un movimiento brusco, la supuesta Mrs. Saint John se levantó.

—¡Bruto, viejo gordo! —dijo—. ¡Dándome cuerda! ¡Haciéndome pagar los gastos! Y sabiendo desde el principio... —Al llegar aquí le faltaron palabras y corrió hacia la puerta.

—Recoja su anillo —dijo mister Parker Pyne ofreciéndoselo.

Ella se lo quitó de un tirón, lo miró y lo lanzó por la ventana abierta.

Se oyó un portazo. Había salido.

Mister Parker Pyne se había quedado mirando por la ventana con cierto interés.

—Lo que me figuraba —dijo—. Ha sido una sorpresa considerable. El caballero que vende ahí afuera no sabe qué hacer con él.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>